

Sucesos en torno al martirio de la cruz

I. Sudor de sangre

El primer tormento o expresión de intenso dolor en la pasión, señalado por los evangelistas, es la agonía en el huerto de Getsemaní, horas antes de ser entregado a los enemigos. La lucha era aterradora, y un ángel se le presentó para confortarlo: *Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra* (Lc. 22:43-44).

El único evangelista que registra el hecho era médico. Veamos lo que dice el doctor Barbet:

"Aquí tenemos un sudor de sangre que ciertos exégetas racionalistas, olfateando en el hecho algo milagroso, han calificado de "simbólico". Es curioso

constatar qué simplezas pueden llegar a proferir, en materias científicas, estos materialistas modernos”.

Nuestro venerable colega Lucas, en cambio, aquel “querido médico” como lo llama san Pablo escribiendo a los colosenses, lo relata con la conciencia de un buen facultativo.

La hematohidrosis (sudor de sangre) es un fenómeno muy raro, pero perfectamente documentado, que ocurre en condiciones excepcionales. El doctor Le Bec escribe: “Es un agotamiento físico acompañado de un trastorno moral, consecuencia de una emoción profunda, de un miedo atroz” (*Le supplice de la Croix*, Paris, 1925).

“El pavor, el espanto y el trastorno moral, alcanzaron aquí su máximo grado de intensidad”, agrega el Dr. Barbet. Es lo que Lucas llama agonía, palabra que en su original griego quiere decir, lucha, ansiedad. Entró en agonía: *...y era su sudor como grandes gotas de sangre, que caían hasta la tierra.*

¿Cómo explicar este fenómeno? Una dilatación de los vasos capilares subcutáneos puede provocar una ruptura de éstos en su punto de contacto con la base de los millones de glándulas sudoríparas. La sangre se mezcla con el sudor y se coagula sobre la piel después de la exudación. Es esta mezcla de sudor y coágulos la que se va juntando hasta correr por encima de la piel de todo el cuerpo en cantidad suficiente como para caer al suelo.

Hay que hacer notar que esta hemorragia microscópica tiene lugar en toda la piel, la cual queda, por esta causa lesionada, dolorida y muy sensible a los golpes.

Realmente el rostro de Cristo debió presentar la imagen de aniquilamiento psicoemocional, que pre-

mentaría un individuo después de un largo y fatigoso esfuerzo físico y mental.

Dice así el ilustre profesor (Sur les Pas de Saint Paul, No. 4, 1979 Pág. 7): "Hemos constatado también que ha sido posible utilizar una sola transformación matemática para calcular (en el microcomputador) el relieve de las partes cubiertas por los reguerillos y los grumos, y las partes que morfológicamente carecen de ellos, sin que se presenten discontinuidades o deformaciones apreciables del mismo relieve. Esto podría explicarse por el sudor de sangre de la faz de Jesucristo, mencionado por el evangelio en el episodio del huerto de Getsemaní, o bien por una expansión manual de una solución de aloe, mirra y sangre, producida durante la aspersión de los ungüentos. Esta segunda interpretación parece menos probable, ya que la repartición manual de tal solución debió haber sido poco uniforme, mientras que el relieve de las partes no recubiertas con reguerillos y grumos de sangre pudiera haber sido muy regular".

2. La bofetada

En los evangelios no se halla tal pormenor; es decir, no en los originales. Efectivamente, San Juan dice que durante el interrogatorio que le hizo a Jesús, el ex pontífice Anás, uno de sus servidores, dando por supuesto que Jesús le había contestado descoratamente, le dio una bofetada, diciendo: *¿Así respondes al sumo sacerdote?*

Pero la palabra "rapisma", que usa aquí San Juan (probablemente testigo ocular del hecho, ya que, por ser conocido del sumo sacerdote, como él mismo subraya, había entrado en el palacio junto con el pelotón del reo y los esbirros), no significaba en un principio bofetada sino bastonazo (rapís = bastón,

rapitzo = apalear). Sólo más tarde también pasó a significar bofetada.

El Dr. Judica Cordiglia dice: "Es una lesión del cartilago de la nariz y la posible desviación de la misma debido a un golpe con un palo corto, cilíndrico y de 4 a 5 cms. de diámetro, propiciado por un hombre zurdo situado a la derecha del reo".

El que fuera zurdo hace sospechar al doctor Judica que se trataba de un escriba hebreo, acostumbrados como estaban éstos a escribir con la mano izquierda de derecha a izquierda. Este sirviente o subordinado del sumo sacerdote, sería pues, un levita escriba, que habría intervenido en la captura de Jesús.

Aquí es necesario añadir que un golpe en la nariz capaz de desviarla de su plano normal, y de lesionar el cartilago, sólo encaja aceptando que debió haber salido abundante sangre.

Es verdad que algún autor interpreta esa doble herida (mejilla derecha, nariz) como posible efecto de una de las caídas, camino del Calvario. La correlativa situación de ambas, con todo, parece favorecer la hipótesis de los doctores Judica y Barbet: "Un fuerte bastonazo".

3. Malos tratos

También hablan los evangelistas de que, una vez pronunciadas las fatídicas palabras *¡es reo de muerte!*, en la sesión nocturna del Sanedrín en casa de Caifás, los mismos senedritas (Bover) se abalanzaron sobre El, le escupieron en el rostro y le abrumaron a puñetazos. Después, otros (los satélites o criados del sumo sacerdote, según Bover) le recibieron a bofetadas, le cubrieron el rostro con un paño y le golpearon

preguntando con burla: *Profetizanos, Cristo, ¿quién es el que te golpeó?* (Mt. 26:67-68; Lc. 22:63-64).

También los soldados del pretorio, al coronarle de espinas *le daban de bofetadas* (Jn. 19:3), se mofaban de El, le escupían en el rostro y tomaban la caña, y le golpeaban en la cabeza (ver Mt. 27:29-30; Mr. 15:19).

De ello se deduce que la mayoría de quienes lo maltrataron eran zurdos. Esto nos llama la atención si suponemos que quienes con más odio se ensañaron en Jesús fueron los mismos sanedritas, cuya mayoría era escriba, y los criados del sumo sacerdote que debían ser levitas y también escribas, probablemente zurdos.

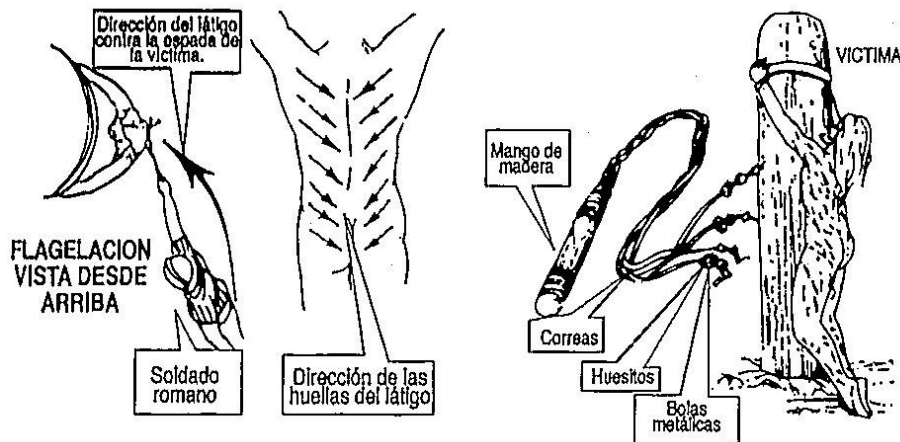
Es evidente que un hombre zurdo, puesto frente a El, se entretuvo arrancándole la barba.

Este tormento no lo registran expresamente los evangelios, pero sí el profeta Isaías en visión, cuando hablando por anticipado de Cristo, dijo: *Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos* (Is. 50:6).

4. Flagelación

Fue ante todo un tormento de castigo, previo a la condena a muerte, ya que bajo las escoriaciones de la espalda aparecen claras las heridas de los azotes infligidos antes de cargar la cruz.

...nada digno de muerte ha hecho este hombre. Le soltaré pues, después de castigarle (Lc. 23:15-16 y 22). El plan de Pilato era, castigarle y soltarle.



FLAGELACION

Izquierda: Vista desde arriba muestra la posición del legionario.

Centro izquierda: Dirección de los latigazos y sus huellas.

Centro derecha: Látigo provisto de bolas de plomo y huesos de oveja fijados a las correas de cuero.

Derecha: La víctima desnuda atada al poste. Las heridas profundas producían pérdida de sangre

Los evangelistas no tenían necesidad de ponderarlo ni de describirlo; pues los lectores lo entenderían claramente. A ellos les bastaba decir: *...tomó Pilato a Jesús y le azotó* (Jn. 19:1). Los evangelistas no son exagerados ni efectistas; por el contrario, casi parecen insensibles.

Más de 120 golpes ternarios, infligidos por dos fuertes verdugos, uno más alto que el otro, diestros en su oficio, los cuales, puesto uno a cada lado del reo, le cubrieron metódicamente con sus golpes toda la superficie del cuerpo (tórax, abdomen, brazos y piernas, a excepción de la parte del pecho correspondiente al corazón), sin dejar espacios.

El azote con que le flagelaron fue el horrible flagellum taxillatum, compuesto, al parecer, de tres ramales o nervios terminados en pequeñas esferas metálicas esquinadas y unidas entre sí por un alambre, como las pesas de gimnasia. Cada golpe abría y desgarraba la piel provocando la salida de pequeños reguerillos de sangre de cada herida. Gracias a estos reguerillos y a la dirección de los golpes se ha podido deducir la postura encorvada de Jesús sobre una columna baja durante el azotamiento.

Recordemos aquí lo dicho por Barbet: "Los millones de hemorragias microscópicas intradérmicas, propias de la hematohidrosis o sudor de sangre, de la que hemos hablado antes, tienen lugar en toda la piel del cuerpo, por lo cual 'toda ella queda lesionada, dolorida y sumamente sensible a los golpes'". No sería nada extraño, que aquellos brutales azotes abrieran y desgarraran la piel con efusión de sangre en cada golpe.

Así aparece Jesús; herido y sangrante conforme a lo que había predicho el profeta Isaías.

Los verdugos tuvieron cuidado de no golpear la parte del corazón para no causarle la muerte, debido a que aún no estaba condenado a tal pena. Se trataba sólo de un castigo, pero tan terrible, que no pocos infelices sucumbían en él.

Después del azotamiento, Jesús se desplomaría y quedaría sentado sobre el charco de su propia sangre. Estaba casi completamente desnudo, y parece que en ese momento le alcanzaron sus vestidos para que se cubriera, ya que San Mateo anota expresamente que, al comienzo de la coronación de espinas, le quitaron sus vestidos.

Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio, y reunieron alrededor de él a toda la compañía; y desnudándole, le echaron encima un manto de escarlata... (Mt. 27:27-28).

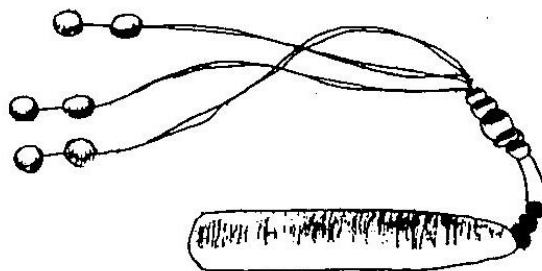


fig. 1 Flagellum taxillatum.

5. Coronación de espinas

Pasado un cierto tiempo, y algo repuesto de los azotes, Jesús fue llevado por los soldados al atrio, en el interior del pretorio, donde estaban sus dependencias, y donde solían pasar su tiempo de ocio. Todavía existen, diferentes tableros de juego grabados en las lozas del empedrado (lithostrotos).

El llamado “juego del rey”, nos interesa de manera especial. En él, una corona radiada ocupaba el sitio más destacado. La letra B (basileus en griego o basilicus en latín) parece deslizarse a lo largo de unos itinerarios punteados con pequeñas figuras circulares o cuadradas, que terminan en una horca cortada bruscamente por una espada, un escorpión, un casquete de soldado pretoriano, y un águila con las alas extendidas.

El juego del rey, era un juego de azar practicado por niños y adultos, siempre con cierto matiz de crueldad. Así, por ejemplo, Herodoto cuenta cómo Ciro, siendo adolescente, practicaba esta diversión con los niños campesinos, entre los cuales distribuía ciertas funciones. Horacio hace alusión al rey de los festines, nombrado al azar, cuando escribe: “Se tiran suertes, y el que es elegido rey (basileus) ordena cuanto debe hacerse. A quien la suerte ha reservado el papel de súbdito (hypertés) le toca ejecutar todo cuanto se le ordena”.

“Este juego, prohibido por la ley talaria (ley de los dados), era, no obstante, tolerado y en consecuencia practicado con frenesí durante los siete días de juego de los saturnales (del 17 al 23 de diciembre)”. Las mascaradas, en las cuales todo el mundo prescindía de la toga y se cubría la cabeza con el pileus (emblema del hombre libre) eran practicadas por esclavos y libres reunidos. Allí se concedían amnis-

ñas, regalos, comilonas y francachelas en las que corría el vino. Juegos de azar y combates de gladiadores marcaban aquellos días de desenfreno, donde naturalmente, no faltaban la licencia ni la crueldad. Eran una imitación de las saceas babilónicas, desfiles callejeros durante los cuales se acompañaba a un rey elegido al azar. Don Crisóstomo cuenta que en su tiempo se elegía un condenado a muerte como rey de la fiesta, a quien podía permitírsele todo, pero que al fin del bacanal, era degollado.

“Que esta costumbre de las saceas haya sobrevivido en los ritos, a veces crueles, de los saturnales romanos, lo demuestran las actas de San Dasius. Los soldados romanos del puerto de Durostulum (misia) tenían la costumbre de echar suertes entre ellos, un mes antes de los saturnales, y aquél sobre quien cayera la suerte, sería el rey de la fiesta. El infeliz tenía entonces todos los derechos; pero el último día, debía inmolarse a sí mismo sobre el altar de Saturno. En noviembre del 303, la suerte cayó sobre el cristiano Dasius quien al rehusar prestarse para esa costumbre pagana, fue asesinado por sus compañeros.

Así se expresa Marie Aline de Sion en su tesis doctoral sobre la fortaleza Antonia de Jerusalén y la cuestión del pretorio. Franciscan press, Jerusalén 1956. Ella concluye diciendo: “No me atrevería a afirmar que tal práctica fuese general en el ejército romano; pero este hecho prueba al menos que los soldados, particularmente los que estaban de guarnición en Oriente, conocían de oídas estas costumbres barbaras”.

“Se puede percibir de ello un eco, ciertamente en forma de juego, en el tablero de la Antonia. La mayúscula B, que parte de la corona radiada, va a parar después de un itinerario que la suerte de las

tabas (se han encontrado algunas entre las ruinas de Antonia) podía complicar, a esa horca tan clara que la espada corta de manera brutal y casi espectacular”.

“Ningún esquema podía sugerir más explícitamente la muerte de un rey del juego. No debemos, pues, asombrarnos de que este gráfico haya sido espontáneamente relacionado con la parodia de realeza que le fue impuesta a Jesús, la mañana de su pasión”.

Resulta pues, sumamente espontáneo, oyendo hablar de las veleidades de realeza de aquel despreciado judío, azotado ya cruelmente, que a los soldados de la guardia se les ocurriera llevarlo al sitio donde ellos practicaban el juego del rey, para divertirse a costa de El, coronándolo solemnemente como el rey de las burlas. “La flagelación fue un castigo legal; pero la coronación de espinas un desahogo brutal de la soldadesca” (Bover).

Para ello, congregan a toda la cohorte (de 400 a 600 hombres), le desnudan de nuevo, le hacen sentar sobre cualquier banco de piedra, le echan a las espaldas una clámide (capa corta) color grana y se la encasquetan con fuerza sobre la cabeza, le ponen una caña por cetro en la mano derecha y... empieza la farsa: Comenzaron luego a saludarle: ...*¡Salve, Rey de los judíos! Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias. Después de haberle escarnecido, le desnudaron...* (Mr. 15:15-20; Mt. 27:26-30; Jn. 19:1-3). Podemos imaginar que sucedieron más cosas en tales circunstancias, y con tales personas.

La palabra “corona”, nos ha inducido a pensar en un cerco de espinas en torno a la cabeza, tal como nos lo presentan los crucifijos. La frase empleada por San Marcos (equivalente a lo que expresa San Juan), dice: *Plexantes stephanon ex acanthon... epethekan*

epi tes kefales autoú: Entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza. No dice "peri", en torno; sino "epi" sobre. Para que la burla fuera completa, la forma de la corona había de imitar la de las coronas reales de entonces, en el oriente, que tenían forma de mitra o capacete.

El pileus, explica Barbet, era entre los romanos una especie de cofia de fieltro semiovalada que cubría la cabeza. Esta se usaba más que todo durante el trabajo, y era símbolo de libertad. "Servum at pileum vocare" (llamar un esclavo al pileo) significaba otorgarle la libertad.

Se puede deducir con mucha claridad, que había una corona en forma de capacete que cubría toda la cabeza, desde la frente hasta la nuca. La palabra Stephanon indica, pues, una corona que se usaba entre los reyes orientales, en forma de mitra o casquete, la cual estaba formada por ramitas espinosas entrecruzadas de adelante hacia atrás, y sujetadas sobre la cabeza (Fig. 2).

"Generalmente se admite que dichas ramitas espinosas, pertenecían a un arbusto común en Judea, llamado en botánica ziziphus o xiphus spina Christi (espino de Cristo), especie de azufaifo", que a veces se usa entre nosotros como cerco. Es un arbusto de unos dos o tres metros de altura con ramas muy flexibles, cuyas hojas al ser arrancadas están provistas de dos espinas "largas y muy aceradas" (Barbet, La Pasión).

El Dr. W. Hynek en cambio, más bien se inclina por "el espino albar oriental o espina egipcia (acanthus orientalis) de puntas largas, gruesas y agudas".

Otros hablan de pollurus aculeatus y del polius spina Christi que bien pudiera ser una mezcla de las dos.

Como todas estas plantas abundan en los alrededores de Jerusalén, es posible que los soldados tendrían a la mano fajos de las mismas para calentarse.

Este capacete de espinas había de ser fijado de alguna manera sobre la cabeza. El Dr. Barbet pensando en la "corona de espinas", cree que tal atadura estaría formada por un manojo de juncos (los mismos que ataban los haces de leña) que le rodearían la cabeza horizontalmente de la frente a la nuca pasando por encima de las orejas.

San Juan, como testigo ocular, precisa bien que este tormento tuvo lugar después de la flagelación y mucho antes de la sentencia de muerte. Al ver a Jesús así, maltratado y coronado de espinas, Pilato se impresionó y lo sacó fuera para moverlos a compasión, diciéndoles: *...¡He aquí el hombre! ...Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él. Y siguió luchando con la multitud para librarle, hasta que le dijeron: ...Si a éste sueltas, no eres amigo de César... No tenemos más rey que César.*

Sólo entonces cedió Pilato, temeroso de ser acusado ante el emperador, y *...llevó fuera (del pretorio) a Jesús y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado el enlosado, (lithóstrotos) y en hebreo Gabata (Jn. 19:5-15).*

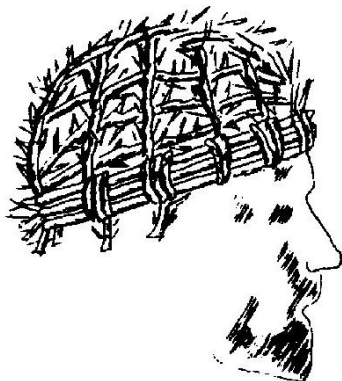


Fig. 2 Corona de espinas en forma de casquete.

6. Con la cruz a cuestras

Vencida al fin la resistencia de Pilato, éste pronunció la condena: “I, lictor; colliga manus; caput **obnubito**; arbori infelici suspendito”. “Ve, líctor; átales **las** manos; vélale la cabeza; suspéndelo del árbol **infeliz**”.

Inmediatamente *...le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos, y le llevaron para crucificarle* (Mt. 27:31). Es significativo que no diga que le quitaron también la corona de espinas.

Entonces le pondrían sobre la cabeza la mitra o **capucha** de infamia (de la cual nos ha hablado el **profesor Marastoni**), mientras le preparaban la cruz.

La palabra cruz nos suscita la idea de una cruz **completa**: Palo transversal y vertical. Pero si sólo el **palo** transversal pesaba aproximadamente unos 50 **kilos**, según calculan los estudiosos, la cruz **completa**, lógico, debía pesar mucho más. ¿Cómo un hombre tan terriblemente azotado y desangrado pudo con un peso tan grande durante unos 600 metros de camino (la distancia entre la torre Antonia y el Calvario), por un terreno pedregoso, con subidas y bajadas? Aun así, llevando sólo el patíbulo o palo transversal, no pudo llegar con él hasta el lugar del suplicio, como veremos enseguida, sino que tuvo que ser ayudado.

Acabamos de señalar, además, que la sentencia judicial habla de “atarle las manos”. No parece que esta acción se refiera al momento de “suspenderlo del árbol infeliz”, sino al momento inmediato de la sentencia, antes de emprender el camino al lugar de la ejecución. Sabemos que el reo había de llevar sobre sus hombros el instrumento de su suplicio, y es evidente que no podía caminar con la cruz entera a cuestras mientras tenía las manos atadas a ella.

Entonces, llevaba sólo el patíbulo a la espalda, con ambos brazos atados a él. Eso es lo que nos dice la arqueología. El stipes o palo vertical de la cruz estaba plantado en el lugar del suplicio (es una de las hipótesis).

Sin embargo desde el punto de vista médico-teológico, yo sigo pensando y tengo la convicción de que el Señor Jesús debió llevar una cruz completa camino al Gólgota.

Por lo demás, recordemos que el mismo Jesús, al aparecerse más tarde a los discípulos en la rivera del lago (en Tabgha), para pronosticarle a Pedro *con qué muerte había de glorificar a Dios*, le dijo: *...cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras* (Jn. 21:18-19). El hecho de que se emplee la frase “extender las manos (y los brazos) para ser llevado donde uno no quiere” indicando que sería llevado a morir en la cruz, permite entender perfectamente en el supuesto de que el reo fuera a la ejecución con los brazos extendidos en forma de cruz, y atados al patíbulo. De otra manera, no se explica tan fácilmente.

Sin embargo, se puede deducir que el apóstol Pedro no fue obligado a llevar la cruz, sino que fue simplemente crucificado. Muchos teólogos e investigadores creen que el apóstol se rehusó a morir de la forma como murió Jesús, aceptando la crucifixión a la inversa, es decir con la cabeza hacia abajo. Evidentemente Pedro murió crucificado, porque esta era la forma como debía agrandar a Dios aunque fuera en una posición invertida.

Los evangelistas, hablando a un público familiarizado, por desgracia, con el tormento de la cruz, no necesitaban especificar más. A ellos les bastaba de-

El: Y él, *cargando su cruz, salió...* (del pretorio, Jn. 10:17).

Sabemos que Jesús no fue ejecutado solo, sino con dos facinerosos. Era normal reunir a varios. Probablemente el Calvario sólo tenía cabida para tres cruces. Por eso, al sumar tres, fueron ejecutados todos al tiempo. Ahí puede estar la razón por la cual los otros dos se enfurecieron contra Jesús, ya que por causa de El se les adelantaba la ejecución.

La torre Antonia (más de dos hectáreas de superficie) estaba en el extremo noreste de la ciudad, y su puerta de entrada, situada fuera de las murallas, daba al occidente. Siguiendo, junto a la antigua muralla restaurada por Nehemías, en dirección oeste, la comitiva entró en la ciudad por la Puerta de los Peces, y fue siguiendo la muralla por la parte interior hasta la Puerta Judicial o de Efraín, cuyos umbrales se conservan todavía en el hospicio Alejandro, y era la salida de la ciudad hacia occidente.

La distancia que separaba la torre Antonia, lugar de la condena, del Calvario, y sitio de la ejecución, era de unos 600 metros. El grupo descendió rápidamente por el camino desde la altura de Bezatha, la parte más alta de la ciudad, hacia el valle de Tiropeón; y luego ascendió hasta la puerta de Efraín, cerca de la cual, fuera de los muros, estaba el Calvario. "Pese a los innumerables derribos y rellenos ocurridos en el área de Jerusalén, desde el primer tercio del siglo I hasta nuestros días, se han podido seguir las curvas del nivel de aquella época", como afirma B. Manzano en su obra, *Jesús Escándalo de los Hombres*.

Entonces, Jesús sí quedó, suspendido de las muñecas y con los pies al aire.

“Es admitido por la medicina legal que en esta posición de hundimiento, con la sola respiración diafragmática, el paciente, especialmente si está muy debilitado, muere por asfixia o por colapso ortostático en el breve período de quince a treinta minutos”. Recordemos los experimentos de H. Modder, expuestos anteriormente. Los verdugos tenían que proceder a sujetarle los pies con diligencia, si no querían que el reo se les muriera antes de terminar la crucifixión. Entonces, le cogieron el pie izquierdo, haciéndole flexionar un poco la pierna hasta que la planta quedara plana sobre el madero vertical y se la traspasaran con un largo clavo por el metatarso. Un sólo martillazo bastaría para atravesarle el pie, de manera que la punta del clavo asomara por la planta.

Tomándole entonces el mismo pie izquierdo, atravesado ya con el clavo, lo colocarían, cruzando sobre el empeine del pie derecho de manera que la punta del clavo, que asomara por la punta del pie izquierdo cayera por la parte superior del segundo espacio metatarsiano, cerca de la articulación tarso-metatarsiana o línea de Lisfranck, del pie derecho colocado en forma plana sobre el stipes. Otro certero martillazo, y el clavo atravesaría también el pie derecho, y con dos o tres martillazos más, ambos pies quedarían sólidamente sujetos al madero.

Ya hemos calculado anteriormente con el Dr. Barbet el ángulo que formarían las rodillas y los tarsos.